

Cuerpo y biopolítica en Los orígenes del totalitarismo

Obra de Hannah Arendt

Nicolás Patierno

CONICET-UNLP

nicolaspatierno@gmail.com

Resumen:

El presente trabajo constituye la continuación y profundización de los estudios realizados en el contexto de la Maestría en Educación Corporal, cuya tesis – actualmente acreditada– expone la sistematización del concepto de cuerpo en la obra de Hannah Arendt. Asociar las nociones de cuerpo y biopolítica al sistema de gobierno totalitario supone atender tres elementos claves en su pretensión de dominio absoluto. En primer lugar, el interés explícito por la vida humana, esto es, la intromisión del Estado en la esfera pública, privada y en toda posibilidad de acción. En segundo lugar, la hegemonía de un saber médico destinado a la “purificación de la raza” y, en tercer orden, la introducción de elementos específicamente totalitarios, entre los que se destacan la eugenesia, las leyes de sanidad y “la fabricación de cadáveres” en los campos de concentración.

Palabras claves: Cuerpo / Biopolítica / Totalitarismo

Introducción

El punto de partida para analizar el totalitarismo se centra en torno a *Los orígenes del totalitarismo*, de Hannah Arendt. Originalmente publicado en 1951, el libro se compone de tres volúmenes en los que analiza en profundidad cuestiones

relativas al antisemitismo, al imperialismo y al totalitarismo. Los últimos apartados son de particular interés para el desarrollo del presente artículo, ya que en esas líneas la autora indaga en los métodos llevados a cabo por los nazis para ejercer una forma de “dominio total”, basada en el exterminio de las poblaciones consideradas indignas de pertenecer a la raza alemana-aria. Los mecanismos que habilitaban a los nazis determinar que una población obstaculizaba “el cuidado de los pueblos germánicos” (Arendt, 1998: 701) descansaban en la articulación de elementos raciales, ideológicos y propagandísticos, dirigidos a crear un tipo ideal de hombre: fundamentalmente ario, aunque no necesariamente alemán. Al mismo tiempo, estos dispositivos sirvieron para crear un tipo ideal de enemigo y una “solución final” a la tensión subjetiva y tendenciosamente construida entre ambos.

La intención de introducir la cuestión biopolítica en relación a *Los Orígenes del totalitarismo*, surge a partir de la tesis desarrollada por Anabella Di Pego (2010), quien retrotrae el análisis propuesto por Agamben respecto de *La condición humana*, hasta la obra primeramente mencionada.

En *The Human Condition* la autora no establece conexión alguna con los penetrantes análisis que había dedicado con anterioridad al poder totalitario (en los que falta por completo la perspectiva biopolítica) (Agamben, 2013: 12-13).

El objetivo de la presente tesis consiste en retomar y profundizar el análisis iniciado por Di Pego, rastreando problemáticas inherentes a los autores mencionados y aportando nuevos debates posibles.

El totalitarismo en términos biopolíticos

Es común, basándose en la lectura propuesta por Agamben (2013) en *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*, asociar el concepto de biopolítica con el ascenso del *animal laborans* desarrollado por Arendt en *La condición humana*. Remontar esta lectura a *Los orígenes del totalitarismo* implica atender cuestiones

como: el racismo y sus fundamentos evolutivos, los supuestos tejidos alrededor de una raza específicamente aria y el ejemplo más radical en el ejercicio de la biopolítica (Esposito, 2006), esto es, la vida y la muerte en los campos de concentración.

El concepto de biopolítica es interpretado a partir de los aportes de Foucault, particularmente de la compilación de ensayos titulada *Estrategias de poder. Obras esenciales II*. Para el autor, la biopolítica hace alusión a un vínculo explícito – sistematizado a partir de la modernidad– entre la política y la vida, donde el Estado, lejos de refugiarse en el discurso jurídico e impersonal afiliado al contrato social, actúa sobre el cuerpo y las voluntades de las personas legitimando determinadas prácticas y saberes. Entre éstos se destaca la medicina¹ (dado el interés explícito en el estudio y control del cuerpo humano). Al respecto expresa Foucault:

El control de la sociedad sobre los individuos no se operó simplemente a través de la conciencia o de la ideología, sino que se ejerció en el cuerpo, y con el cuerpo. Para la sociedad capitalista lo más importante era lo biopolítico, lo somático, lo corporal. El cuerpo es una realidad biopolítica; la medicina es una estrategia biopolítica (Foucault, 1999: 366).

En esta lógica, el hombre se vuelve objeto de la política por pertenecer a la especie humana, interpretada en términos biológicos como un conjunto de seres vivientes agrupados bajo las mismas necesidades y gobernados en función de éstas. Lo mismo que caracteriza a lo humano, lo condena a un tipo de gobierno

¹ Para el caso del totalitarismo alemán, la utilización de técnicas asociadas al campo de la medicina formaba parte del arsenal de disposiciones dirigidas a la “purificación de la raza aria”. “Hitler, durante la guerra, pensó en promulgar una Ley de Sanidad Nacional: «Después de un reconocimiento nacional por rayos X, se entregaría al Führer una lista de personas enfermas especialmente de las afectadas por enfermedades pulmonares y cardíacas. Sobre la base de esta nueva Ley de Sanidad del Reich..., a esas familias ya no se les permitiría permanecer entre el público ni se les dejaría que tuvieran hijos. Lo que suceda a esas familias será objeto de órdenes futuras del Führer.» No se requiere mucha imaginación para suponer cuáles hubieran sido esas futuras órdenes” (Arendt, 1998: 658). Cabe añadir que Agamben también menciona este ejemplo en *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida* para dar cuenta de una lectura tanatopolítica respecto de las decisiones de Hitler y de la magnitud de sus pretensiones.

particular, esto es, la pronta, económica y eficiente satisfacción de necesidades. A partir de la modernidad, estas se verían atravesadas por la intervención de los Estados a través del empleo de dispositivos como el control de la natalidad, las enfermedades, la alimentación, entre otras tecnologías regularizadoras (Patierno, 2016).

El análisis foucaultiano que pretende dar cuenta del estrecho vínculo entre la vida natural del hombre y los cálculos del poder, desde la perspectiva de Agamben, no incluyen el análisis de los campos de concentración y, por lo tanto, se hallaría desligado de la experiencia más representativa en lo que respecta a los intereses de los Estados Modernos por la biología humana.² El autor también analiza los aportes de Arendt señalando que la autora no sostiene un enfoque específicamente biopolítico (Agamben, op. cit.). En este sentido, propone una lectura inversa respecto de la tesis arendtiana por la que el ascenso de lo social favorece el establecimiento de sistemas políticos de tipo totalitarios y la consecuente pretensión de dominación absoluta. En contraposición, Agamben afirma que es “la transformación radical de la política en espacio de la nuda vida (es decir, en un campo de concentración),” (Agamben, op. cit., p. 152) lo que ha legitimado y hecho necesario el dominio total.

Entre estas relecturas contemporáneas respecto de la biopolítica, no podemos desatender los aportes de Esposito, quien remonta el concepto de biopolítica al siglo XIX y evidencia una falta de consenso a la hora de definir sus características (Esposito, op. cit.). Para el autor, la relectura foucaultiana introduce la cuestión de la biopolítica en el centro de los debates contemporáneos con una trascendencia incuestionable. Sin embargo, esta reinterpretación y reintroducción del término no

² En contraposición a esta perspectiva, Esposito afirma que Foucault lleva a cabo un análisis biopolítico del nazismo y de los campos de concentración. Al respecto afirma: “Michel Foucault fue el primero en ofrecer una interpretación biopolítica del nazismo” (Esposito, 2006: 175). En este sentido menciona la lectura foucaultiana del racismo, como el medio por el que se superponen los paradigmas de soberanía y biopolítica. “Una vez inscripto en las prácticas del biopoder, el racismo ejerce una doble función: la de producir una separación, dentro del *continuum* biológico, entre quienes deben permanecer con vida y quienes, en cambio, han de ser arrojados a la muerte” (Esposito, op. cit.).

acompañó un proceso de clarificación ni mucho menos de sistematización conceptual. En esta línea, Esposito propone un análisis semántico que lo remonta al léxico griego aristotélico y afirma: “la biopolítica remite (...) a la dimensión de la *zoé*, esto es, la vida en su simple mantenimiento biológico” (Esposito, op. cit., p. 24). En relación con la vida en los campos de concentración, el autor se reserva el concepto de *tanatopolítica* para referirse no solo a una política basada en la biología para promover y prolongar la vida, sino también para provocar la muerte. “Tanatopolítica sería el nombre de la máquina de muerte contemporánea (...). Lo central es la necesaria muerte de algunos para la expansión de la vida de otros” (Biset, 2012: 251).

Con los pertinentes recaudos teóricos, puesto que su “relevancia epocal no parece corresponderse con una adecuada claridad en cuanto categoría” (Esposito, op. cit., p. 24), no podemos desatender la relevancia que adopta la biopolítica en las Ciencias Humanas y Sociales a partir de mediados de la década de 1970.

La condena del humano a su naturaleza

Para los pensadores de posguerra, lo acontecido en los campos de concentración socavó para siempre la idea de progreso vinculada a la ciencia y al humanismo. Las atrocidades llevadas a cabo por los totalitarismos del siglo XX pusieron en cuestión la creencia en la naturaleza como algo ajeno y externo a la existencia del ser humano. Esta supuesta naturaleza del cuerpo asociada a un origen esencial, supone también un modo único de interpretar el cuerpo, de estudiarlo, de tomarlo por objeto, considerándolo como “perteneciente a la naturaleza en cuanto universo, (...) fundamental, constante, como si tuviera un modo de ser que le es propio y que hay que conocer tal como efectiva y naturalmente es” (Crisorio 2014: 168).

La naturaleza humana sirvió a los nazis en su intento de aniquilar al pueblo judío mediante su deshumanización. Lo natural al alcance del hombre sirvió para entender que “el poder del hombre es tan grande que realmente puede ser lo que quiera ser” (Arendt, op. cit., p. 682); este discurso fue apropiado por los

nacionalsocialistas alemanes para legitimar un genocidio con modalidades de ejecución nunca antes vistas en la historia de la humanidad.

Para referirse a los prisioneros de los campos, Arendt utiliza términos como “moribundos” “cadáveres vivientes” o “fantasmales marionetas”, con estos términos, la autora desarrolla la tesis por la que afirma que el totalitarismo alemán no buscaba la rápida eliminación física de los sujetos capturados. Previo a su desaparición, estos seres despojados de cualquier rasgo de humanidad transitaban por un *entre* la vida y la muerte. Para estos especímenes, alguna vez humanos, la vida y la muerte pierden significación en los campos. La dominación total demostró algo que parecía imposible: eliminar la espontaneidad y la voluntad de los individuos sin necesidad de su eliminación física. La muerte de un prisionero es igual a la de cualquier otro, borrando la historia personal. “No hay deseo de vivir ni temor por morir” (Di Pego, 2015: 206), o, parafraseando a Primo Levi: “los internados no temen a la muerte porque están demasiado cansados para comprenderla” (Primo Levi, 2005: 121)

Desde la perspectiva de Arendt, mientras que en una dictadura, la esfera privada no se ve afectada de forma sistemática; la dominación total, a través del terror y la ideología, afecta la vida privada y llega incluso a inmiscuirse en la intimidad de los cuerpos. Para el caso de los prisioneros, desde los traslados, el hacinamiento, el desnudo, la manipulación, la experimentación; la dominación total desarticula toda individualidad, toda posibilidad de acción, de espontaneidad, transformando a los hombres en uno solo, “Un Hombre de dimensiones gigantescas” (Arendt, op. cit., p. 694). Así, el carácter radical del mal asociado al nazismo reside en su capacidad para volver a los hombres especímenes del animal humano, en los que “se han tornado irreconocibles las características singulares de la existencia humana” (Di Pego op. cit., p. 216).

Retomando el análisis propuesto al comienzo del texto sobre la lectura biopolítica de *Los orígenes del totalitarismo*, propongo centrar la atención en el siguiente fragmento:

Lo que tratan de lograr las ideologías totalitarias es (...) la transformación de la misma naturaleza humana. Los campos de concentración son los laboratorios donde se prueban los cambios en la naturaleza humana, y su ignominia no atañe sólo a sus internados y a aquellos que los dirigen según normas estrictamente «científicas»; es un tema que afecta a todos los hombres.(...) Lo que está en juego es la naturaleza humana como tal (Arendt, op. cit., p. 685).

De acuerdo a la perspectiva arendtiana, no existe una naturaleza innata que moldee lo humano de manera predeterminada. El totalitarismo alemán da cuenta de esta “manipulación” vinculada al ejercicio explícito de la dominación total; desarticulando la idea de que la naturaleza humana –y por añadidura el cuerpo– es esencial e inmodificable. En la misma obra añade: “lo que tratan de lograr las ideologías totalitarias no es la transformación del mundo exterior o la transmutación revolucionaria de la sociedad, sino la transformación de la misma naturaleza humana” (Arendt, op. cit.). Esta creencia de los nacionalsocialistas alemanes se legitimaba, desde el punto de vista científico-positivista, por medios de las leyes de la evolución darwinianas.³ Así se establecía el fundamento necesario para hacer legítima la caracterización no sólo del “tipo ideal” sino también de los “no aptos desde un punto de vista racial” (Arendt, op. cit., p. 563). De la misma forma que los nazis se apropiaron de un concepto de naturaleza para legitimar su supuesta superioridad en comparación con otras razas, también se apoyaron en la caracterización de la naturaleza humana para, justamente, naturalizar al enemigo. A diferencia de un enfrentamiento bélico tradicional, dónde los enemigos se debaten a duelo intentando igualar al menos la fuerza del rival, en la Alemania nazi, el enemigo podía ser cualquiera que no encajara con los estándares establecidos en la caracterización de la raza aria, incluidos los propios

³ La introducción de Darwin en la ideología nazi se evidencia particularmente en el concepto evolutivo de naturaleza y su insistencia en que, al menos en el campo de la biología, el movimiento natural no es circular sino unilineal, desplazándose en una dirección indefinidamente progresiva (Arendt, 1998).

alemanes. La nacionalidad no era considerada un argumento excluyente a la hora de imponer las leyes raciales. El carácter de víctima o victimario, por lo tanto, no descansaba en las voluntad de hombre y mujeres, sino que se encontraba sujeto a la legalización del odio racial y a la expansión de una maquinaria de exterminio. “La misma Naturaleza era la que decidía no sólo quién tenía que ser eliminado, sino también quién tenía que ser preparado como ejecutor” (Arendt, op. cit., p. 696).⁴ Para los nacionalsocialistas alemanes, los judíos no solo ingresaban en todas las categorías raciales que atentaban contra la “purificación de la raza”, sino que también se hallaban despojados de toda posibilidad de pertenencia a la nación alemana. Para el caso de los judíos que entraban a los campos de concentración los conceptos de derecho subjetivo y protección jurídica ya no tenían sentido alguno. Éstos habían sido ya privados antes de sus derechos ciudadanos por las leyes de Núremberg y, con posterioridad, en el momento de la «solución final» habían quedado desnacionalizados por completo (Agamben, 2013). Estas supuestas leyes de la naturaleza evidenciadas en la ley –o en la ausencia de la misma–, constituyen el sedimento del movimiento nazi, se legitiman con la idea de una evolución natural y justifican la eliminación de obstáculos en su camino hacia la dominación mundial.

Esta desconfianza respecto del concepto de naturaleza humana, es una de las posibles causas por la que la autora se despega del término, de manera explícita y enfática en su segunda obra de relevancia internacional: *La condición humana*.⁵ Mientras que la naturaleza humana supone un esencialismo que remite a una serie de propiedades que la definen, la condición humana hace referencia a la vida

4 A este respecto, en el capítulo “Ideología y terror: una nueva forma de gobierno”, Arendt sostiene: “La culpa y la inocencia se convierten en nociones sin sentido; «culpable» es quien se alza en el camino del proceso natural o histórico que ha formulado ya un juicio sobre las «razas inferiores», sobre los «individuos incapaces de vivir», sobre las «clases moribundas y los pueblos decadentes» (Arendt, 1998: 693).

5 Al respecto Arendt aclara: “La condición humana no es lo mismo que la naturaleza humana, y la suma total de actividades y capacidades que corresponden a la condición humana no constituye nada semejante a la naturaleza humana” (Arendt, 2014: 23-24). Cabe añadir que en *La condición humana*, Arendt analiza la concepción de naturaleza humana no solo en contraposición con la idea de condición humana, sino también en relación al proceso de fabricación (labor, en la traducción al castellano). Al respecto véase también: Tapia Navarro, J. (2008) “Hannah Arendt, el cuerpo y la fábrica política”. En: *Revista Metapolítica*. Número 62, 135-139.

del hombre en relación con tres dimensiones: las necesidades vitales, el mundo de los objetos y la pluralidad. Para Arendt, la existencia humana no está predeterminada sino condicionada por dichas dimensiones, a su vez, autoproducidas por el hombre.

El cuerpo al servicio de la política

Es en el contexto de pos-segunda Guerra Mundial que el cuerpo humano cobra mayor importancia en las Ciencias Humanas en general, puesto que la maquinaria de odio llevada a cabo por los nazis creó un tipo de cuerpo a su conveniencia: despojado de toda humanidad y condenado a vivir preocupado, tanto por la satisfacción de sus necesidades vitales más elementales como por las actividades asociadas al trabajo (siempre y cuando la industria bélica los considerara necesarios). “La fabricación de cadáveres” puso en evidencia la necesidad de explorar los mecanismos a través de los cuales el nacionalsocialismo alemán ejecutó su política de exterminio, cuyo interés fundamental se centraba en la dominación absoluta –ya no mediante la persuasión, sino a través de la ideología y el terror dirigidos directamente hacia el cuerpo de aquellos considerados indignos de pertenecer a la raza dominante “por naturaleza”. No era la muerte rápida y sin sentido el principal objetivo de los nazis, ya que ésta se destinaba a las mujeres, ancianos, discapacitados y niños incapaces de trabajar en los campos de concentración. Por el contrario, su objetivo era la degradación del pueblo judío (aunque también de polacos, gitanos, homosexuales, comunistas, testigos de Jehová, enfermos mentales y discapacitados) a vivir subsumidos a su más primitiva animalidad, condenándolos al padecimiento sus necesidades vitales a través de la utilización de instrumentos como el desnudo, la manipulación, la tortura, y la experimentación.

En términos biológicos-naturales, el cuerpo de un oficial de las SS puede ser considerado igual al cuerpo de un prisionero judío, ambos tienen la misma conformación anátomo-fisiológica, los mismos procesos metabólicos y las mismas necesidades nutricionales; sin embargo, durante la Segunda Guerra Mundial, fue el cuerpo del prisionero judío el que permaneció sujeto a una mesa de

experimentación. Como si su naturaleza descansara en manos de los nacionalsocialistas alemanes y su destino no fuese otro más que ocupar ese lugar. En pocas palabras, la diversificación de matrices conllevaría una posibilidad infinita de cuerpos, ya que la naturaleza desde la que se construye su interpretación se encuentra sujeta al mismo proceso interpretativo. Al respecto, Arendt sostiene:

El nacionalismo y su idea de una «misión nacional» pervirtieron el concepto nacional de Humanidad como familia de naciones en una estructura jerárquica en donde las diferencias históricas y de organización fueron erróneamente interpretadas como diferencias entre los hombres y que residían en el origen natural de éstos (Arendt 1998: 358).

Asociar el término “naturaleza” al término “cuerpo” sólo estaría reduciendo la mirada a sus características biológicas; este reduccionismo a sus necesidades vitales, que Arendt agrupa en *La condición humana* bajo la noción de labor, sólo conformaría una parte de lo humano. Limitar la existencia del hombre a estas demandas biológicas sería despojarlo de aquello que nos caracteriza como seres distintos al resto de las especies y nos distingue al mismo tiempo de otros seres humanos. El ejercicio de la libertad –asociado en el discurso de Arendt al concepto de acción– es nuestra posibilidad de participar activamente, a través de la palabra y el acto, en la esfera de los asuntos humanos. Cuando indagamos en la intención de los nazis por deshumanizar a los prisioneros de los campos, podemos observar que el objetivo era, justamente, despojarlos de su posibilidad de intervenir activamente en el mundo; “la lógica totalitaria destruye la capacidad de hombre para la experiencia y el pensamiento tan seguramente como su capacidad para la acción (Arendt, op. cit., p. 635). Al coartar sus libertades y reducirlos a su

existencia animal, o, en términos de Agamben, a una nuda vida,⁶ los nacionalsocialistas alemanes crearon un modelo de cuerpo deshumanizado, con la atención vuelta sobre sí mismo (intentando satisfacer las propias necesidades vitales), y justificando una idea de naturaleza puesta al servicio de sus intereses expansionistas y beligerantes (Patierno, 2016).

Conclusión

En pocas palabras, podría afirmarse que los regímenes totalitarios pretendieron modificar la naturaleza humana y terminaron mostrando precisamente que no hay algo así como una naturaleza humana que pueda resultar inalienable. La posibilidad de que bajo el dominio del hombre “todo es posible” (Arendt, op. cit., p. 634) y que la existencia humana no se halla vinculada a una dignidad inviolable, nos obliga a replantearnos la idea de una naturaleza humana esencial y predeterminada.

La derrota de los regímenes totalitarios no disolvieron las condiciones que posibilitaron su aparición (Serrano de Haro, 2008). En este sentido es necesario atender a los aportes de Foucault en lo que respecta al análisis de “las posibilidades de aparición” (Foucault, 1979:152) y ampliar la mirada sobre las formas en que los aspectos constitutivos del totalitarismo se nos presentan en la actualidad. Racismo, dominio, terror, ideología y biopolítica, no son términos desterrados de la política contemporánea.

La crisis de nuestro tiempo (...) ha producido una forma enteramente nueva de gobierno que, como potencialidad y

⁶ El concepto de *nuda vida* se hace evidente cuando, en primer término, la muerte de un individuo no se encuentra enmarcada en derecho alguno –borrando de esa manera todo tipo de culpabilidad o castigo hacia los perpetuadores– y, en segundo orden, cuando la muerte pierde su vínculo con cualquier tipo de homenaje, desterrando la historia personal y dejando únicamente un cuerpo desnudo. En pocas palabras, podríamos decir que la nuda vida es la vida desligada de cualquier tipo de cualificación. En términos de Agamben, la caracterización de la nuda vida recurre a dos notas esenciales: “la de ser una vida a la que cualquiera puede dar muerte impunemente y, al mismo tiempo, la de no poder ser sacrificada de acuerdo con los rituales establecidos; es decir, la vida –uccidibile e insacrificable– del *homo sacer* y de las figuras análogas a él” (Agamben, 2013: 243).

como peligro siempre presente, es muy probable que permanezca con nosotros a partir de ahora (Arendt, op. cit., p. 715-716).

La condición de refugiado, inmigrante, desempleado, exiliado, perseguido político, constituyen términos vigentes en la mayoría de los conflictos de occidente cuyos debates ingresan en la esfera pública-internacional. Estas concepciones nos invitan a repensar las dimensiones constitutivas de un posible régimen totalitario en el siglo XXI y nos obligan a ampliar la mirada respecto de los fundamentos que legitimarían la imposición de dicho sistema en la actualidad. Quizás no sean ya la historia y la naturaleza⁷ las bases que sustentarían la ideología de un orden político de estas características, pero lo que sí es indudable y propiamente totalitario, es el establecimiento y caracterización de una condición de origen ineludible para las víctimas.

Mientras la vida, el cuerpo y las diferencias humanas sean un asunto de Estado, el totalitarismo permanecerá como una opción plausible en el abanico de los sistemas políticos realizables. La dominación total, la máxima expresión en lo que respecta al dominio del hombre, la transformación de lo imposible en una disposición ministerial, la reducción de inocentes y enemigos a un eterno morir y la creación de un ideal materializado en la eugenesia, son sólo algunos de los elementos que inauguró el totalitarismo y que perdurarán, no como una anécdota de la historia, sino como una posibilidad que aguarda las condiciones propicias para su resurgimiento.

Bibliografía

- Agamben, G. (2013) *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia, Pre-textos.
- Arendt, H. (1998) *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid, Aguilar.

⁷ Quizás no encontremos un paradigma equiparable a la experiencia nacionalsocialista alemana y esto se deba, en parte, por el recuerdo latente del holocausto y las heridas evidenciadas en el establecimiento –a partir de mediados del siglo XX– de unos supuestos derechos humanos inviolables.

- ----- (2014) *La condición humana*. Buenos Aires, Paidós.
- Biset, E. (2012) Tanatopolítica. En: *Nombres. Revista de filosofía*. Córdoba, año XXI, nº 26, Noviembre de 2012, 245-274.
- Crisorio, R. (2010) *Homero y Platón: dos paradigmas de la Educación Corporal*. Tesis de Doctorado en Ciencias de la Educación. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.
- Di Pego, A. (2010) "Biopolítica y totalitarismo en Hannah Arendt". En: Echevarría, P. y Vestfrid, P. (coords.) *Tridecaedro: jóvenes investigadores en Ciencias Sociales de la UNLP*. La Plata, Editorial de la Universidad de La Plata, 62-74.
- ----- (2015) *Totalitarismo y sociedad de masas en Hannah Arendt*. La Plata, Editorial de la Universidad de La Plata.
- Esposito, R. (2006) *Bíos. Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Foucault, M. (1979) *La arqueología del saber*. México, Siglo XXI editores.
- ----- (1999) "Nacimiento de la medicina social". En: *Estrategias de poder. Obras esenciales II*. Barcelona, Paidós, 363-384.
- Levi, P. (2005) *Trilogía de Auschwitz*. Barcelona, Aleph.
- Patierno, N. (2016) *Análisis de los conceptos cuerpo y educación en la perspectiva de Hannah Arendt*. Tesis de Maestría en Educación Corporal. Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/52924>
- Serrano de Haro, A. (2008) "Husserl en el pensamiento de Hannah Arendt". En: *Revista Investigaciones Fenomenológicas*. Núm. 6, 299-308.
- Tapia Navarro, J. (2008) "Hannah Arendt, el cuerpo y la fábrica política". En: *Revista Metapolítica*. Número 62, 135-139.